

## UN PENSAMIENTO VIGENTE



**UNCUYO**  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE CUYO

Universidad Nacional de Cuyo  
(Mendoza, República Argentina)

Publicación con referato recomendada  
por el Comité Editorial  
(EDIUNC, Universidad Nacional de Cuyo).

Saúl Blejman

# UN PENSAMIENTO VIGENTE

*Notas sobre Gramsci  
y el destino de su obra*

EDIUNC Mendoza, 2015

---

Blejman, Saúl

UN PENSAMIENTO VIGENTE. NOTAS SOBRE GRAMSCI Y EL  
DESTINO DE SU OBRA

1ª ed.– Mendoza: EDIUNC, 2015.

128 p.; 15x23 cm. – (Indagaciones; 8)

ISBN 978-950-39-0316-2

1. Teoría Política. 2. Ciencias Sociales. 3. Filosofía. I. Título  
CDD 320.1

---

UN PENSAMIENTO VIGENTE. NOTAS SOBRE GRAMSCI  
Y EL DESTINO DE SU OBRA

Saúl Blejman

Primera edición, Mendoza, 2015

COLECCIÓN INDAGACIONES N° 8

ISBN 978-950-39-0316-2

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

© EDIUNC, 2015

<http://www.ediunc.uncuyo.edu.ar>

[ediunc@uncuyo.edu.ar](mailto:ediunc@uncuyo.edu.ar)

Impreso en Argentina · *Printed in Argentina*

## PREFACIO

### *Antonio Gramsci, un pensamiento vigente*

#### INTRODUCCIÓN

Las ideas del marxista italiano Antonio Gramsci, nacido en 1891 y muerto en 1937, despiertan en la actualidad un gran interés en los medios políticos e intelectuales de izquierda y entre los científicos sociales de nuestro país y del mundo. Gobernantes de algunos estados, dirigentes políticos y movimientistas ubicados en el ambiguo espacio de la centro izquierda se manifiestan también como gramscianos. No faltan, por supuesto, los pícaros de siempre que ostentan «prontuarios» impresentables, que tratan de lavar su imagen deslizando, por ahí, sus simpatías por nuestro autor. Podemos decir que, por esas vueltas de la historia, Gramsci está de moda, aunque no es fácil desentrañar a que se debe esta «popularidad». Queda bien hablar de él, es elegante utilizar el léxico con que se manejó. Lo que es seguro es que muchos de los que lo citan para respaldar sus propias opiniones o acciones no saben bien de qué están hablando. Sacados de su contexto histórico o aislados de sus concepciones filosóficas básicas, los conceptos teóricos elaborados por Gramsci—como «bloque histórico», «sentido común», «intelectual orgánico», «hegemonía», «crisis orgánica» o «guerra de posición»— pueden ser interpretados de distintas maneras o manipulados para hacerles decir lo que el ocasional comentarista necesita que digan.

Esto tiene que ver con las circunstancias en las que trabajó. Su obra capital fue recopilada póstumamente en seis tomos bajo el título de *Cuadernos de la cárcel*. Escrita durante los años en que permaneció prisionero del régimen fascista –de ahí su nombre– tiene en realidad el carácter de material preparatorio para un ambicioso proyecto que debía terminar una vez liberado. Por eso los diversos temas abordados han sido desarrollados en forma de notas de mayor o menor extensión, de mayor o menor sistematización. Dejó la indicación explícita y reiterada del carácter provisorio de esas primeras conclusiones. Además, hay temas que son comenzados en un cuaderno y retomados posteriormente, cuando recibía los materiales de consulta que necesitaba. Esta dispersión, que dificulta su lectura y su comprensión, está compensada y amalgamada por su rigurosa formación filosófica y teórica; por su erudición y por el manejo que exhibe del núcleo metodológico vivo de la teoría de Marx; que es el hilo que permite orientarse en la intrincada estructura de los *Cuadernos*. Pero el nexo fundamental que da unidad a sus notas es su exasperado intento de encontrar respuestas positivas y superadoras a las derrotas, frustraciones y fenómenos políticos reaccionarios de masas que tuvieron lugar en los países capitalistas desarrollados de Europa.

Gramsci es el autor de las más importantes líneas de desarrollo del materialismo histórico en el sentido de Marx y después de Marx. Pero además, consecuente con la denominación de filosofía de la praxis, que usó en sus escritos para referirse al marxismo, toda su vida se puede inscribir en aquella famosa formulación de Marx (Engels y Marx, 1973): «Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos al mundo pero de lo que se trata es de transformarlo». Su actividad práctica y su obra teórica estuvieron íntegramente dedicadas al objetivo de la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista, a investigar acerca de las estrategias más adecuadas para que las clases subalternas puedan llegar a las posiciones de poder real y comenzar la construcción de la sociedad socialista.

## SEMBLANZA

Gramsci se incorporó al Partido Socialista Italiano desde sus años de estudiante universitario, en el que desempeñó importantes cargos dirigentes. Participó activamente en numerosas acciones reivindicativas, políticas e insurreccionales del movimiento obrero italiano y europeo. Su militancia socialista e internacionalista,

su actividad periodística y teórica se desarrolló en el convulsionado escenario europeo previo a la primera guerra mundial, en los trágicos años de esa conflagración (1914-1919). En el medio se produjo la Revolución Rusa (1917). Gramsci tenía 26 años. Desde los comienzos de su actividad política se ubicó en las posiciones revolucionarias en abierta polémica con las ideas reformistas. En 1921, integró el primer Comité Central del Partido Comunista Italiano y en 1922 fue designado para representarlo en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Ese mismo año se produce la Marcha sobre Roma. Los fascistas toman el poder en Italia. La actividad del Partido Comunista se desarrolla desde entonces en una semiclandestinidad. En 1924 es elegido diputado y en 1926 es detenido, despojado de su inmunidad parlamentaria y juzgado por un Tribunal Especial para la Defensa del Estado, que en definitiva lo condenó a 20 años de prisión. En 1928 comienza la redacción de sus notas en la cárcel. En 1935, por su delicado estado de salud y de la gran campaña internacional desarrollada, se le otorga la libertad condicional. En abril de 1937 recupera la libertad plena y el 27 de ese mes sufre una crisis súbita de la que ya no se repondría. Su deceso provocó gran consternación entre los luchadores antifascistas de todo el mundo.

## LA ÉPOCA

Hacia 1923 la oleada revolucionaria en Europa Occidental, producida después de la Revolución Rusa, comenzó a declinar. Los soviets formados en Alemania, fueron disueltos después del establecimiento de la república. Las repúblicas soviéticas de Hungría, Finlandia y Baviera, en las que el proletariado tomó el poder, solo pudieron sostenerse durante pocos meses. El fascismo controlaba Italia. El nacionalsocialismo cobraba cada vez mayor fuerza en Alemania. En general, los países capitalistas salieron de la crisis económica de la posguerra y entraron en un proceso de estabilización parcial que duró hasta 1929. El Estado Soviético, por su parte, venció a la contrarrevolución interna, expulsó de su territorio a los intervencionistas extranjeros y formó en 1922 la Unión de Repúblicas Socialista Soviéticas. Incorporó a todas las nacionalidades que formaban parte del inmenso imperio de los zares. Pero tuvo que enfrentar una gigantesca tarea. Rota la cadena productiva tanto en el agro como en la industria, aislado y bloqueado por las potencias imperiales, se avecinaba el hambre, la desolación y el caos.

En esas condiciones de retroceso del proceso revolucionario mundial Gramsci comenzó a escribir sus notas. La cuestión central a la que trató de encontrar respuesta fue la siguiente: ¿por qué una revolución socialista triunfó en un país atrasado como Rusia, en el que la clase obrera era una pequeña minoría en relación al campesinado y cuyo desarrollo capitalista era incipiente? Y a la inversa: ¿por qué fue derrotada en Alemania, en Italia y en otros países de Europa Occidental y Oriental con población mayoritariamente obrera y con un desarrollo capitalista y tecnológico más avanzado; habida cuenta además, que en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, las potencias capitalistas más desarrolladas y dominantes a nivel mundial, ni siquiera se planteaba tal posibilidad?

Estas cuestiones fueron debatidas en los más altos niveles dirigentes de la Internacional Comunista y sobre todo del Partido Comunista Ruso. Pero estas discusiones no traspasaron el límite de los aspectos organizativos y tácticos. Tanto Lenin como Trotsky, por nombrar a los más importantes, señalaron que estas derrotas tenían como causa principal la debilidad orgánica e ideológica (sobre todo en relación a Alemania), la falta de experiencia y el hecho de que los destacamentos revolucionarios que impulsaron estos movimientos no se habían depurado (o no tuvieron tiempo de hacerlo) de elementos vacilantes, aventureros y oportunistas; como sí lo había hecho el Partido Bolchevique en su momento. Este tipo de explicaciones, que ponían el acento en deficiencias que sin duda existieron y que seguramente Gramsci compartía plenamente antes de ingresar a la cárcel, solo arañaban la superficie del problema.

Por otra parte habían triunfado, en Italia y Alemania, regímenes fascistas. En Alemania, una incidencia muy importante en su surgimiento la tuvieron las duras condiciones impuestas por las potencias triunfadoras a través del tratado de Versalles. Despertaron en el pueblo alemán profundos odios revanchistas, por la situación de caos económico, desempleo e inflación desenfrenada que se provocaron y que se intensificaron con las repercusiones de la crisis mundial de 1929-1933. Esos sentimientos fueron transformados por los nazis en una ideología nacionalista chovinista, guerrerrista, expansionista, racista y antisemita que derivó en una dictadura terrorista interna. Sus acciones llevaron a la enorme catástrofe de la segunda guerra mundial. También hay que señalar la enorme responsabilidad de los «imperialismos democráticos» sobre todo Estados Unidos, que alentaron

y financiaron el rearme alemán, con la idea de lanzarlo contra la Unión Soviética.

En Italia, en el proceso que llevó al poder a Mussolini, tuvo gran incidencia la derrota de las acciones insurreccionales. Acciones que habían sido impulsadas por la situación de extrema necesidad que afectaba a la población trabajadora. En el otoño de 1920 los obreros mantuvieron en su poder durante tres semanas las empresas industriales más importantes del norte de Italia. Dirigían la producción de esas fábricas, formaron destacamentos armados que las custodiaban. Parecían estar en los umbrales de la revolución socialista. Pero la burguesía se recompuso del desconcierto y del pánico y la insurrección fue derrotada. El fascismo surgió allí, como alternativa de orden, como freno a la acción «disolvente» de las organizaciones sindicales y políticas revolucionarias. Levantó un plan de reconstrucción de la economía italiana, de promoción del empleo y de mejoramiento de la situación de los trabajadores. Pero su ideología, sus métodos y los delirios expansionistas eran del mismo carácter de los que después se pusieron en práctica en Alemania.

Estos fenómenos políticos tenían, además, una característica realmente inquietante para los socialistas. Las reivindicaciones planteadas y la ideología en las que se sustentaban, de clara orientación anticomunista, antisoviética y antirrevolucionaria lograron el apoyo, no solo de los sectores pequeñoburgueses y desclasados, sino también de importantes sectores de la clase obrera, que hasta entonces habían acompañado a socialdemócratas y comunistas.

También, en relación a este tema las explicaciones y los análisis surgidos del movimiento comunista internacional fueron insuficientes y unilaterales. Los debates, discusiones, acusaciones de traición, de cobardía, de falta de espíritu revolucionario, de apresuramientos irresponsables, de sectarismo, etc., recorrían todos los ámbitos del movimiento revolucionario. Pero lo que no se llegó a poner en tela de juicio era la concepción marxista, hasta entonces vigente, sobre las peculiaridades del estado en las democracias capitalistas modernas y la propia teoría de la revolución socialista mundial elaborada por Marx a mediados del siglo XIX. Tampoco se prestó demasiada atención a los cambios producidos en las relaciones entre el Estado y la sociedad civil, en las condiciones de vigencia de libertades democráticas que permitieron la aparición y el funcionamiento de organizaciones sociales de todo tipo. Al carácter que adquirirían, en los nuevos escenarios, las luchas de clases; a los complejos procesos de formación, mantenimiento y descomposición de la función dirigente o hegemónica tanto de los grupos sociales

económicamente dominantes; como de las clases subalternas; y a los efectos de estos fenómenos sobre el sentido común del hombre común.

## EL ESTADO EN LOS PAÍSES DESARROLLADOS DE OCCIDENTE

El proceso histórico de afianzamiento de la república democrática en los países capitalistas desarrollados de Europa está en el centro de la reelaboración crítica de la concepción marxista clásica acerca del carácter del Estado que, tal vez sin proponérselo, llevó a cabo Gramsci. Se trata de transformaciones concretas, verificables, producidas en un período histórico determinado, cuyo fermento se encuentra en los cambios estructurales producidos en el sistema capitalista mundial. Es un proceso global. Su base económica es el desarrollo industrial, comercial, científico y tecnológico. El incremento notable de la productividad plantea al capital, en rápido proceso de concentración (capital monopolista), la necesidad de buscar una inversión rentable para sus enormes excedentes, que ya no encuentra en sus países de origen. Este es el motor de la expansión colonial y del imperialismo moderno, que conduce a una mayor internacionalización de la economía a través del mercado mundial y a una menor autonomía y mayor interdependencia de las economías nacionales. A la vez desata una feroz lucha entre las principales potencias imperiales por el reparto de las esferas de influencia y el control de los países dependientes y subdesarrollados.

Hacia el interior de los países desarrollados y también de muchos de los subdesarrollados se producen profundas transformaciones en la sociedad civil. Se amplía, se profundiza y se diversifica la actividad económica. Las organizaciones sindicales, políticas y culturales se hacen más complejas y también se diversifica su campo de acción. Se produce un intenso proceso de movilidad social. La sociedad entera está en un continuo proceso de construcción de nuevas formas de integración y disolución de las viejas.

Pero la aparición de la república democrática no se realiza solo por la decisión voluntaria, inteligente y desinteresada de las burguesías en ascenso. Es en realidad una consecuencia de la irrupción de los trabajadores y de las masas pequeñoburguesas en la política, de la formación de los sindicatos, de la creación de los partidos socialistas y obreros. Ya no se podía mantener a los trabajadores fuera de la política sin poner en peligro la existencia misma del sistema. Prueba de ello

es que en este período se suceden crisis políticas de distinto carácter. Se alternan tentativas de insurrecciones y represiones despiadadas; ampliaciones y restricciones del sufragio político; libertad de asociación y restricciones a esta libertad. Diferentes formas de sufragio, diversos equilibrios de poderes. Es a través de estas luchas que se va consolidando el régimen parlamentario, el sufragio universal, la libertad de asociación, de prensa, de reunión, de huelga.

Gramsci se refería a este tipo de estado como Estado ético. La acepción de ética que empleaba no estaba relacionada con la valoración moral de las conductas. La ética se refiere a la actividad de la sociedad civil, a la hegemonía. Es lo contrario de la coerción propia del ámbito estatal. Estado ético es, entonces, el tipo de Estado en el que predomina el consenso sobre la coerción, en cuanto a la relación del poder político con la sociedad civil. En él, la clase social dominante no deja de serlo, porque ejerce la propiedad privada sobre los medios de producción y mantiene con firmeza la vigencia de las relaciones de producción capitalistas. Pero como resultado de todo este proceso histórico, los aparatos principales que se utilizan desde el Estado, para mantener este dominio no son ya los coercitivos y represivos sino los hegemónicos.

¿En qué consiste la función de hegemonía? Es el consenso espontáneo dado por la población al grupo social dominante (Gramsci, 1984). Consenso que nace históricamente del prestigio (y por lo tanto de la confianza) que se derivan de su posición, su función y su eficiencia en el ámbito de la producción. ¿Y qué es lo que consensan las grandes masas de la población? Es la orientación impresa a la vida social por el grupo dominante fundamental. Para decirlo de otra manera: amplios sectores de la población trabajadora siguen teniendo fe en la legalidad democrático-burguesa como ámbito de lucha por sus reivindicaciones. Pero esa fe no es de carácter religioso. Se origina en circunstancias históricas concretas. A través de la consolidación del régimen democrático, por el que estas mismas masas han luchado y luchan, y a pesar de todas sus vicisitudes, las clases trabajadoras obtuvieron la satisfacción de importantes reivindicaciones económicas y políticas. Esas experiencias las llevaron a tener fe en los mecanismos de la democracia parlamentaria.

Pero el Estado ético, dice Gramsci (1984), no solo tiene un consenso genérico, difuso, sino que lo organiza y lo educa a través de los aparatos hegemónicos estatales y de los privados que surgen en la sociedad civil. El estado desarrolla su función hegemónica a través de instituciones que están bajo su control total o

parcial. El régimen parlamentario es el órgano estatal de la hegemonía política. La escuela pública como función educativa positiva y los tribunales como función educativa negativa represiva, son las actividades estatales más importantes en el sentido de la hegemonía cultural.

¿Y cuáles son los aparatos hegemónicos privados, es decir aquellos que se encuentran en el ámbito de la sociedad civil? Son las más diversas organizaciones políticas, sindicales, culturales, religiosas, cooperativas, mutuales, etc. etc. Es claro que inmediatamente surgen interrogantes. ¿Cómo se cumple esa función educativa de los aparatos hegemónicos privados? ¿Cómo puede ser, por ejemplo, que las propias organizaciones de los trabajadores eduquen en el consenso al Estado burgués? En primer lugar, hay que tener en cuenta con qué sentido se usa el término educar. Toda relación de hegemonía tiene necesariamente un carácter pedagógico (Gramsci, 1984). Siempre existe de parte del dirigente cierta función docente hacia el dirigido. Pero esta función no queda reducida a métodos específicamente escolares sino que se trata de una relación interactiva, de vínculos recíprocos. Esto significa, para el caso de los sindicatos, que las ideas en las cuales se educan los trabajadores surgen de la actividad práctica que realizan dichas organizaciones y de sus resultados y no de una labor formativa de carácter escolar.

Estado es todo el complejo de actividades prácticas y teóricas con las cuales la clase dirigente no solo justifica y mantiene su dominio, sino logra obtener el consenso activo de los gobernados (Gramsci, 1984). O bien, debe entenderse por Estado no solo el aparato gubernativo, sino también el aparato privado de hegemonía o sociedad civil. Esta visión se aparta de la concepción de Marx, que predominaba entre los socialistas de su época y que consideraba al Estado exclusivamente como el aparato coercitivo, solo como el instrumento de dominación de una clase sobre otra: solo como dictadura.

Las circunstancias históricas, las realidades complejas y cambiantes, las formas que adoptan las relaciones sociales, el tipo de Estado existente y los procesos de cambios del sentido común del hombre común son los que deben tener en cuenta los que aspiran a dirigir a las clases subalternas para determinar la estrategia de acceso al gobierno del Estado. En cada país los procesos son diferentes. Los aparatos estatales y privados que cumplen funciones hegemónicas tienen connotaciones distintas y por consiguiente las tácticas deben obligatoriamente tener en cuenta esas condiciones específicas.

Estos elementos desarrollados son los que pueden permitir entender mejor el tipo de conclusiones a las que llegó Gramsci acerca de las causas que posibilitaron el triunfo en Rusia y las que generaron la derrota o la ausencia de intentos en los países Europeos.

## ESTADO Y SOCIEDAD CIVIL EN ORIENTE Y OCCIDENTE

En Rusia, el Estado era todo y la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente entre Estado y sociedad civil existía una justa relación y bajo el temblor del Estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil. Es decir, en Rusia, el dominio se asentaba sobre la coerción. El consenso de la clase dominante, era débil, difuso, inorgánico. Solo un sentimiento de reverencia hacia el «padrecito zar» incorporado al sentido común del pueblo. En todos los niveles de la educación pública la libertad de expresión era reprimida y la posibilidad de acceso era discriminada. La justicia estaba al servicio de la política del Estado. En la sociedad civil, los partidos políticos de las clases subalternas, el movimiento obrero, organizaciones culturales, cooperativas y de otro tipo, eran perseguidos, controlados, espiados. La clase obrera y los campesinos pobres no confiaban ni tenían esperanzas en que ese estado y esa clase dominante pudieran resolver la tremenda situación que atravesaba el país, porque así lo determinaba su experiencia concreta. No tenía fe en la autocracia ni en el sistema institucional perverso que había implementado. No existían los aparatos hegemónicos privados capaces de contener a la sociedad civil. La monarquía cerraba los caminos a una solución pacífica. La insurrección popular aparecía como la única opción para el cambio. La crisis y los sufrimientos provocados por la guerra agudizaron al extremo la situación. La monarquía cayó como una breva madura. Los gobiernos que la sucedieron, primero afines al sistema derrocado, luego desalojados por elementos procedentes del viejo tronco socialdemócrata, solo consiguieron incrementar el caos y los problemas. En esas condiciones se produjo el asalto al Palacio de Invierno y la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista.

En Alemania, existían libertades democráticas aún durante la monarquía. El sistema parlamentario funcionaba. El poderoso partido socialdemócrata desarrollaba sus actividades legalmente y tenía una importante representación par-

lamentaria. Lo mismo sucedía con el movimiento obrero y otro tipo de organizaciones. La justicia ofrecía garantías de relativa independencia. Allí el proceso revolucionario llegó hasta el derrocamiento de la monarquía y el establecimiento de la república democrática. Pero cuando las organizaciones revolucionarias, como el Partido Comunista Alemán, creado al calor de la Revolución Rusa, pretendieron transformar, por la vía insurreccional, la revolución antimonárquica en revolución socialista como en Rusia, obtuvieron escaso apoyo de los trabajadores y el intento fue aplastado. A pesar de la derrota en la guerra, de la crisis económica con todas sus secuelas y de la inestabilidad política, la mayoría de la población conservó su fe en las instituciones democráticas existentes antes y después del derrocamiento de la monarquía, como instrumento para la solución de los problemas. La sociedad civil era todavía robusta, los aparatos de la hegemonía civil contenían a la clase obrera. Esa fue la causa última de la derrota de la revolución.

## GUERRAS, CRISIS ECONÓMICAS Y FASCISMO

En numerosas notas de los *Cuadernos* se analizan las derivaciones políticas de las conmociones y situaciones críticas de diverso carácter que se sucedieron en ese período en el escenario europeo. ¿Cuáles son las conclusiones de ese estudio? Gramsci verifica que las crisis y conmociones, por más profundas y graves que sean, no generan necesariamente las condiciones para la conquista del poder, para la insurrección obrera, para la instauración del socialismo. Por el contrario, puede suceder –como efectivamente sucedió– que deriven en procesos políticos de signo totalmente opuesto o simplemente en una restauración *aggiornada* del viejo régimen. Pero esto no es solo atribuible a los errores, deficiencias o falta de preparación del partido político de las clases subalternas. El problema es más profundo y está vinculado a la función que cumplen en el Estado ético los aparatos hegemónicos privados.

El interrogante puede plantearse de la siguiente manera: en estas situaciones, ¿cuáles son las fuerzas, las reservas que le permiten a las clases dominantes, en el contexto del Estado ético resistir e impedir el colapso del sistema? Cualquiera puede darse cuenta que no son, principalmente, los aparatos coercitivos del Estado (ejército, policía, etc.). No se puede llevar, en un estado democrático, a un pueblo a la guerra por la fuerza. Refiriéndose a la crisis política en Francia en la primera

posguerra, Gramsci (1984) afirma que la guerra no debilitó la hegemonía, más bien la reforzó. No hubo tiempo de pensar. El Estado entró en guerra y casi de inmediato el territorio fue invadido. El pasaje de la disciplina de paz a la de guerra no demandó una crisis demasiado grande.

En este sentido, todo el aparato hegemónico estatal y privado «educa» en el sentimiento nacional, en la defensa de la patria, etc. Solo en Rusia fue posible aplicar la táctica leninista de transformación de la guerra imperialista en insurrección armada. Precisamente allí donde la sociedad civil era débil, inorgánica. Esto resulta más claro de comprender si se analiza la situación en la posguerra en los países ocupados. Allí se crea una situación de malestar insoportable, se debilita enormemente la capacidad operativa de los aparatos coercitivos legales. También se deterioran los aparatos de la hegemonía política (régimen parlamentario, sistema judicial) que están desorganizados y paralizados. Esta fue la situación planteada, por ejemplo, en muchos países europeos al finalizar la segunda guerra mundial; al producirse la derrota y retirada de los ejércitos alemanes de los países ocupados, como Francia, Bélgica u Holanda.

Si esta era la situación de los aparatos coercitivos y de los aparatos hegemónicos estatales, ¿cuál fue la última línea de resistencia del sistema? No hay duda que está constituida por los aparatos hegemónicos privados: partidos políticos, sindicatos, cooperativas, movimientos y organizaciones sociales de distinto tipo e inclusive, en algunos casos, milicias populares de la resistencia. Sucede que las conmociones producidas, ya sea por crisis económicas, guerras u otras causas, afectan al conjunto de la sociedad. No solo a las clases subalternas, sino también a todos los demás, incluidos los sectores dominantes. Por supuesto que no repercuten de la misma manera entre los trabajadores que entre los grandes empresarios. Además, la responsabilidad por el surgimiento de esas situaciones recae íntegramente sobre los grupos dominantes tanto en el nivel nacional como en el internacional. Pero los problemas que se generan exceden los límites del enfrentamiento entre clases, aunque este conflicto subsiste siempre en el plano corporativo y se encuentre presente en la base de todas las crisis políticas. Ese tipo de crisis se convierten en un problema nacional. Las consignas que definen ese momento (democracia, reconstrucción, políticas anticrisis, etc.), conciernen a toda la sociedad.

Después de una conmoción económica o de otro tipo, las cosas no permanecen tal cual eran. La hegemonía política y cultural de las clases dominantes se resque-

braja. Es la sociedad civil la que tiene una mayor capacidad de reacción inmediata. Es la hegemonía civil la que conduce la transición, mientras se va reestructurando el Estado. Si los partidos políticos de las clases subalternas adoptan en esos períodos críticos, conductas que contribuyen a la solución de los problemas concretos que aquejan a la población, su capacidad dirigente se consolidará. Si tratan de aprovechar la situación para lanzarse a la conquista del poder, enarbolando la consigna del socialismo y la dictadura del proletariado como panacea, perderán influencia sobre la masa trabajadora. En esos casos puede suceder, como lo muestran numerosas experiencias, que esas masas vayan al encuentro de opciones más o menos reaccionarias.

Son situaciones de este tipo las que sirvieron de caldo de cultivo para la incubación del fascismo. Recordemos que tanto en Alemania como en Italia, esos movimientos se desarrollaron después de las derrotas de los intentos insurreccionales promovidos por los socialistas revolucionarios y en el contexto de la crisis global y catastrófica de la posguerra. Su contenido ideológico fundamental fue precisamente la lucha contra el comunismo y triunfaron a pesar de la existencia en esos países de Partidos Socialistas y luego Comunistas, de fuerte inserción en el movimiento obrero, con una combativa tradición de lucha y con una importante influencia política e ideológica en el conjunto de la clase trabajadora y en los sectores intelectuales.

## LAS DEFINICIONES ESTRATÉGICAS

De los trabajos de Gramsci quedan valiosas líneas de reflexión, que abarcan distintos temas y disciplinas. Filosóficos, de ciencia y teoría política, de interpretación de sucesos históricos, de sociología, de carácter cultural, de crítica literaria y muchos otros.

Aquí nos referiremos exclusivamente a lo que fue su preocupación fundamental, la cuestión que está presente implícita o explícitamente en todas sus notas: la cuestión de la estrategia eficiente para la revolución socialista dentro de los países desarrollados. Su análisis parte del Estado ético, cuyo surgimiento significa que la burguesía no era ya solamente clase dominante sino que también era hegemónica, es decir que obtiene el consenso de los dirigidos; consenso que educa y organiza ese Estado.

En las condiciones del Estado ético –dice Gramsci– el contenido de la teoría y de la práctica política cambia por completo, tanto para los partidos orgánicos de las clases dominantes que se proponen mantener el sistema, como para los de las clases subalternas que pretenden cambiarlo. El centro de la actividad política se traslada desde el área estatal al área de la sociedad civil. De las técnicas de ejercicio del poder desde el Estado, a las de formación, organización y mantenimiento del consenso. Del Estado entendido estrictamente como aparato coercitivo, al Estado «educador» al que se integran los aparatos hegemónicos privados. De las técnicas de la función de mando a las de la función de dirección.

Aun en el caso extremo de los procesos políticos que transcurren en épocas de crisis económicas y guerras, son las superestructuras de la sociedad civil las que se convierten en trincheras y fortalezas. Con más razón esto es cierto en las situaciones relativamente «normales» en las que todos los aparatos hegemónicos se encuentran en pleno funcionamiento. Por eso –dice Gramsci– era preciso relativizar, como estrategia general la guerra de movimiento.

Lo que Gramsci denomina guerra de movimiento y en otras notas ataque frontal, es la estrategia de la revolución socialista planteada por Marx y Engels a mediados del siglo XIX, que tenía como referencia histórica a la Revolución Francesa. Dicho plan contemplaba la creación de un partido político de la clase obrera y el desarrollo de la lucha sindical como forma de preparar y educar a los obreros para la revolución. El camino era la insurrección armada, la toma del poder y el establecimiento de la dictadura del proletariado por el tiempo necesario para asegurar la expropiación de la burguesía. En esta estrategia, que había triunfado en Rusia, por las razones que hemos expuesto, se inspiraron los intentos revolucionarios realizados en Europa Occidental que fracasaron en todos los casos. Las causas de estas derrotas también han sido señaladas más arriba y están vinculadas al surgimiento de lo que Gramsci llamó macizas democracias occidentales. La reflexión sobre estos acontecimientos, tan cercanos a su experiencia personal, lo llevaron a la convicción de que era necesario desarrollar, perfeccionar, pasar en política de la guerra de movimiento a la guerra de posición que era la única posible en Occidente (Gramsci, 1984).

Gramsci siempre habla de guerra. Guerra entre las clases dominantes que dirigen el Estado y las clases subalternas que pretenden transformarse en dominantes. Su guerra de posición no es una concepción limitada a la fase negativa, defensiva, pasiva. Implica la derrota del adversario y la instauración del socialismo.

Las crisis, conflictos y contradicciones de distinto tipo ponen en discusión en determinados momentos, en forma implícita o explícita, la viabilidad del propio modo de producción capitalista. Pero en las condiciones de las democracias parlamentarias no existen posibilidades de alcanzar el objetivo socialista por la vía del ataque frontal, insurreccional. Se trata de una lucha por la hegemonía que se disputa, en definitiva, en la conciencia de las masas populares. En ese combate, el problema fundamental a resolver es cómo sustraer a las clases subalternas de la hegemonía política y cultural que ejercen sobre ellas las clases dominantes a través de la sociedad civil. En esas instancias decisivas solo cabe la guerra de asedio, compulsiva, difícil, en la que se requieren cualidades excepcionales de paciencia y espíritu de inventiva. El combate se desarrolla en el ámbito político-electoral, en el sindical, en los demás movimientos sociales, en el universitario, en el terreno cultural más amplio, en el teórico y en el ideológico. El instrumento fundamental, el coordinador capaz de dirigir esta compleja estrategia, sigue siendo para Gramsci el partido político que adquiere el carácter de partido orgánico, es decir, identificado con los intereses de las clases subalternas.

El objetivo de la guerra de posición es también el poder. Pero la dinámica de este poder debe consistir en el reemplazo de una hegemonía por otra, de una dirección por otra, de un conformismo social por otro. Las clases subalternas deben ser capaces en ese caso de ejercer la hegemonía sobre el conjunto de la sociedad. Deben tener más capacidad de perfeccionar que de destruir, de consensuar que de dominar. Según Gramsci (1984) un grupo social debe ser dirigente ya antes de conquistar el poder gobernante. Esta es una de las premisas principales para la conquista misma del poder. Después, cuando ejerce el poder y aunque lo tenga fuertemente en sus manos, se vuelve dominante. Pero debe continuar siendo también dirigente.

Esta reflexión, escrita cuando en la Unión Soviética se acentuaba el carácter dictatorial del Estado, puede aplicarse críticamente a todos los regímenes del llamado socialismo real, cuya dificultad esencial se encuentra precisamente en el ejercicio del poder solo por medio de los aparatos coercitivos; y en la formación de burocracias, que desempeñaron y desempeñan el papel de clase dominante pero que no supieron, no quisieron o no pudieron convertirse en hegemónicas, en dirigentes, como lo hizo en su momento la burguesía. El desmoronamiento catastrófico de estos regímenes en la URSS y en Europa Oriental, es la más cabal demostración de la debilidad intrínseca de ese tipo de Estados.

Hasta aquí llegó Gramsci en su investigación. Se podrán plantear muchos interrogantes acerca de la viabilidad del camino que delineó y acerca de muchas de sus opiniones. Es lógico. No se hallarán en sus notas recetas acabadas, predicciones o futurologías en las que no incurrió. Sus manifestaciones acerca del carácter provisorio de las conclusiones a las que llegó, en el sentido de que podían ser modificadas o descartadas totalmente, no eran una expresión de falsa modestia. El cambio de la estrategia del ataque frontal a la guerra de posición es necesario, pero está plagado de dificultades. Es el más importante problema de teoría política planteado en la posguerra y también el más difícil de resolver satisfactoriamente.

Es legítimo suponer que este reconocimiento fue motivado por la toma de conciencia de la enorme dimensión de la tarea teórica que había emprendido. Lo que aparentemente comenzó por un intento de fundamentar la necesidad de un cambio estratégico; se transformó en un replanteo crítico de los fundamentos mismos de la teoría marxista de la revolución; en un cuestionamiento de las ideas predominantes acerca de la transformación del sistema capitalista y la construcción de una sociedad socialista; en un intento de rescatar la filosofía de la praxis del dogmatismo y el economicismo que paralizaron su desarrollo.

Las líneas directrices de su trabajo no fueron desarrolladas posteriormente en forma sistemática. Sería interesante ver cuáles fueron las circunstancias históricas que determinaron esta falta de interés de los científicos sociales, sobre todo de aquellos que se ufanan de su formación marxista. Pero no es solo en el caso de Gramsci que se ha manifestado este desinterés. Se puede decir que el pensamiento teórico-político orientado a la transformación del sistema capitalista se encuentra atacado por el virus de la impotencia o de la desesperanza.

La necesidad del cambio estratégico planteado por Gramsci todavía conserva su condición de problema capital de la teoría política y las dificultades para su solución práctica se han complicado. Nadie puede tener una solución positiva en la teoría ni que se plasme en un proceso de transformación política efectiva. Pero tengo la firme convicción de que la cosmovisión gramsciana y los instrumentos analíticos que él elaboró mantienen su aptitud para abordar esta tarea, siempre que se los interprete, enriquezca y depure para ubicarlos en la realidad actual.

## INTRODUCCIÓN

La intención de este trabajo es poner de manifiesto los aportes hechos por Antonio Gramsci a las ciencias sociales en general y a la teoría política en particular. En especial a lo que puede denominarse sus descubrimientos, conceptos que introducen una nueva visión acerca de los procesos de cambios fundamentales (orgánicos) en las sociedades modernas.

El hecho de que el autor advierta que las opiniones por él expuestas tienen el carácter de provisionarias y que un estudio más completo y exhaustivo podría modificarlas o negarlas en forma total, indica el cuidado con que es necesario abordar ese estudio. Efectivamente, ninguno de los temas esenciales está desarrollado y acabado. Sin embargo, el presupuesto del que parte este intento es que, a pesar de esas dificultades, en la obra de Gramsci existe una clara y original concepción metodológica o filosófica si se quiere.

El trabajo comprende tres partes. En la primera, que lleva por título *El Método*, se trata de encontrar el hilo conductor del pensamiento filosófico de Gramsci partiendo de lo que es su núcleo central: el concepto de bloque histórico, la relación dialéctica entre lo objetivo y lo subjetivo, naturaleza y espíritu, estructura y superestructura. Sobre esa base se analizan sus criterios acerca del «sentido común», la función social de los intelectuales y su relación con los simples. Esta primer parte finaliza con su exasperada polémica contra el economismo. Es decir,

contra las deformaciones y falsas interpretaciones que se han introducido en el marxismo y que aparecen como su expresión auténtica, cuando en realidad se trata de lo que él llama su «degeneración economista».

Nadie puede dudar que Gramsci se encolumna con el marxismo, al que denomina «filosofía de la praxis». Pero está claro también que su reflexión lo desarrolla, renueva, actualiza y enriquece. Gramsci le otorga una identidad filosófica propia, que la diferencia de cualquier otra concepción del mundo. No solo se nutre de los aportes introducidos por los sistemas teóricos anteriores, sino que tiene capacidad para incorporar a su acervo y *aggiornarse* con la obra de otros autores y corrientes. La forma en que Gramsci desarrolla su visión crítica de la obra de Croce y los elementos que rescata de los trabajos de Sorel, de Max Weber y muchos otros, son muestras claras de su posición en estas cuestiones.

En la segunda parte, que lleva el título de *Hegemonía*, se trata de dimensionar el sentido de la propuesta política de guerra de posición, que se articula alrededor de una nueva concepción del Estado. La estrategia general de las clases subalternas en la lucha por la transformación socialista de la sociedad consiste en pasar de la guerra de movimiento a la guerra de posición. Fundamentada en el surgimiento de lo que llama el Estado ético, es decir, a las democracias parlamentarias de los países capitalistas desarrollados de Occidente. Se presta particular atención a las causas que condujeron al surgimiento de ese tipo de Estados, y a los cambios que las nuevas condiciones impusieron en la técnica política.

Esta idea se aparta de la postura marxista tradicional que considera al Estado como el aparato coercitivo del dominio de una clase sobre las demás. A medida que se va desarrollando y fortaleciendo la sociedad civil, las funciones del Estado se amplían y se diversifican. El Estado ético, que no es una creación de las clases dominantes, sino un producto del desarrollo histórico, debe basarse más en el consenso que en la coerción. Las clases subalternas deben enfrentarse a la hegemonía política, intelectual y cultural de los grupos sociales que dirigen el Estado, más que al aparato represivo. La hegemonía se ejerce a través de una extensa red de aparatos hegemónicos tanto estatales como privados.

En esta segunda parte también se expone la visión de Gramsci acerca de la interrelación dialéctica entre hegemonía y coerción y sus ámbitos específicos: sociedad civil y sociedad política en las democracias occidentales.

Se analizan los acontecimientos que llevaron al estallido y triunfo de la revolución en Rusia, a las diferencias existentes entre el Estado de la Rusia prerrevolu-

cionaria y el de los países de Occidente durante la primera guerra mundial y su posguerra. Además, se estudian las conclusiones de los dirigentes rusos acerca del fracaso de la revolución en Europa Occidental y a sus recomendaciones tácticas para revertir esas derrotas; contraponiéndolas con las experiencias personales y las conclusiones de Gramsci sobre estos temas, que constituyen el contexto histórico y la motivación inmediata de su investigación.

La idea acerca de la guerra de posición excede los alcances limitados de una simple propuesta estratégica, como parece surgir de la terminología militar que Gramsci utiliza. Este concepto se va convirtiendo en una teoría general acerca de los elementos que intervienen en los procesos de transformación política y social de las sociedades modernas. Y toda esta construcción tiene como columna central el descubrimiento y la significación que se otorga a los fenómenos abarcados por el concepto de hegemonía.

Estos elementos nos permiten afirmar que el pensamiento gramsciano está vigente y que las líneas de reflexión que nos dejó están lejos de haber sido agotadas. En la tercera parte de este libro se desarrollará la actualidad de los conceptos de Gramsci. Actualidad que no está limitada de ninguna manera al ámbito de los países desarrollados de Occidente, sino que adquiere validez universal. La utilización de su herencia teórica adquiere sentido siempre que no se busquen en su obra recetas acabadas, predicciones o futurologías puntuales en las que no incursionó. Siempre que la utilización de los instrumentos teóricos que creó signifique un desarrollo en el sentido de la dialéctica gramsciana; así como su obra fue en definitiva un desarrollo en el sentido de la dialéctica de Marx y un combate permanente contra el dogmatismo y el fatalismo de carácter religioso.